

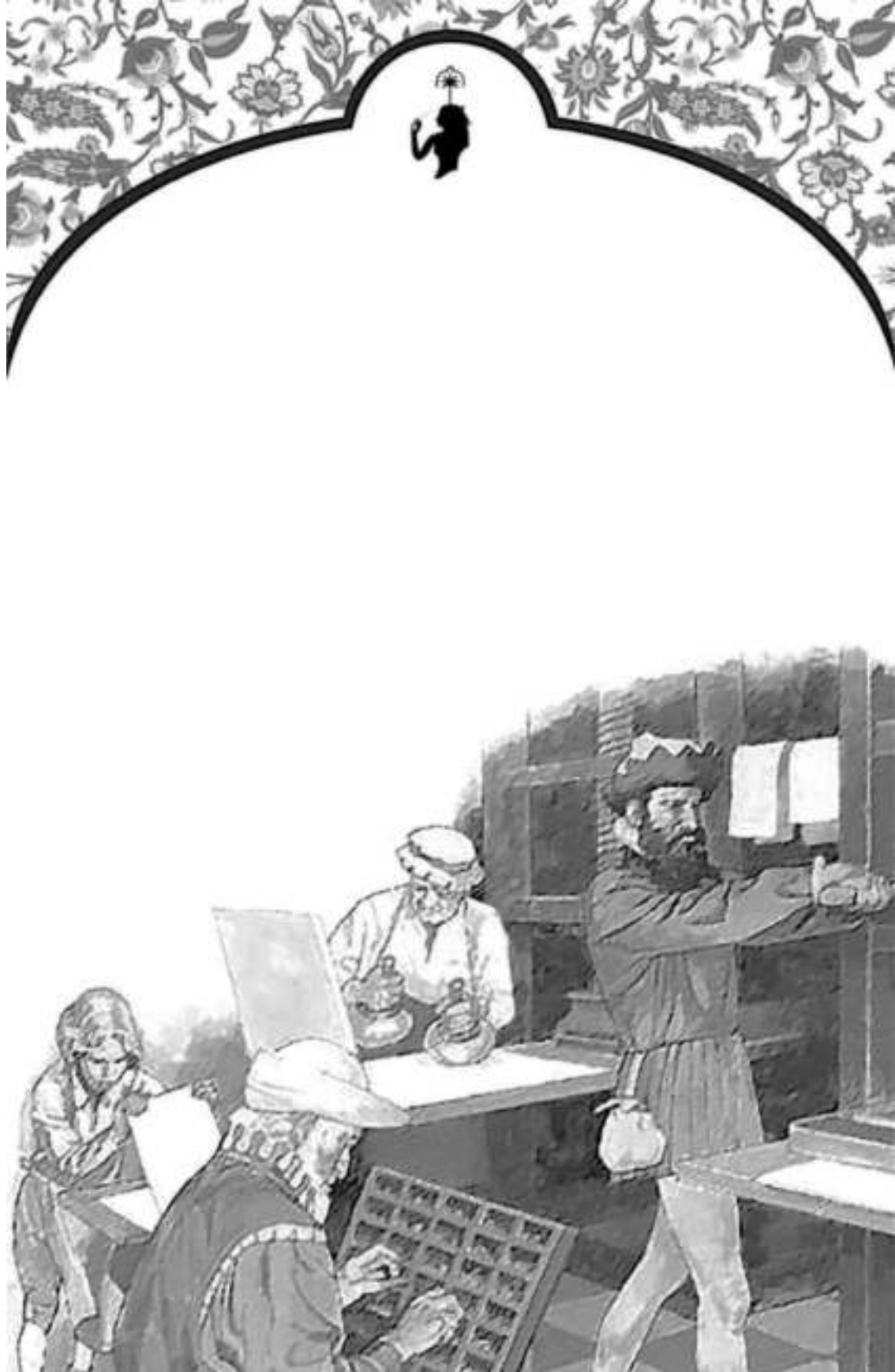


LA RAIZ

ANTOLOGÍA

ANDREA COTE







KEBUNCI

RIPRA

LA RAÍZ



OBRA {ABIERTA

Libro n.º 19



ZEUXIS VARGAS ÁLVAREZ

Director

FABIO VARGAS OSPINA

Ilustrador

FABIO VARGAS OSPINA

GEISON GARCÍA OLIVARES

ALEJANDRA GARCÍA MOGOLLÓN

NARDY MUCHICÓN ANDELA

ZEUXIS VARGAS ÁLVAREZ

Comité Editorial

SESHAT EDITORIAL promueve la divulgación de los principales géneros literarios: *poesía, cuento, novela, ensayo, teatro, literatura fragmentaria, literatura infantil, literatura juvenil, crónica, reportaje, literatura académica y obras clásicas.*

La clasificación, edición, diagramación y organización de todos los materiales están pensados de la forma más placentera y eficiente posible, con un equilibrio de todos los elementos necesarios para cumplir con la finalidad de otorgar a cada lector una singular y selectiva biblioteca.

Autores nacionales e internacionales hacen parte de las posibilidades de estilos, registros y formas, estableciendo con ello una miscelánea rigurosa y contemporánea que permite la promoción de escrituras en constante evolución y que buscan transformar la lengua y enriquecer la literatura. Las ediciones, económicas y en formato rústico, cuentan con una presentación homogénea y agradable a la vista.

Todas las historias buscan atrapar lo etéreo, persiguen la magia, sueñan con lo imposible. La intención final de este proyecto es que la literatura pueda estar siempre al alcance de todos.

Bienvenidos a este mundo, el mundo de la EDITORIAL SESHAT, protectora de los libros.

ZEUXIS VARGAS ÁLVAREZ

Director

ANDREA COTE

LA RAÍZ

Antología personal

Colección Obra abierta - Vargas Álvarez, Zeuxis

La raíz / Andrea Cote. -- Bogotá:
Seshat editorial, 2020

84 páginas; 23 cm. -- (Colección Obra Abierta)

1. Poesía colombiana 2. Obra Abierta - Poesía 3. Confesional - Poesía
4. Antología - Poesía 5. Poesía contemporánea - Colección.

LA RAÍZ

- © DE LOS TEXTOS, LOS AUTORES
- © SESHAT EDITORIAL

Primera edición, 2020

TALLER DE EDICIÓN SESHAT
SESHAT EDITORIAL

COLECCIÓN OBRA ABIERTA, 2020

Creada por: *Zeuxis Vargas Álvarez*

Coordinación editorial: *Zeuxis Vargas Álvarez*

Corrección: *Zeuxis Vargas Álvarez*

Logos: *Geison García*

Imagen de portada: *de descarga libre de los buscadores de la Web*

Fotografía retrato de la autora: *Margarita Mejía*

Diagramación electrónica: *Zeuxis Vargas Álvarez*

Finalización del diseño: *Zeuxis Vargas Álvarez*

Correo: zeuxisva@gmail.com

Celular: 3104821715

Bogotá D. C. Colombia



Para reproducciones totales o parciales por cualquier medio, se debe contar con el permiso y/o autorización por escrito de SESHAT EDITORIAL.

Tener en cuenta para cualquier uso de la obra la Ley 23 de 1982

Se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución No comercial-sin derivadas 4.0 Internacional.



ANDREA COTE

(Colombia, 1981) Es autora de los libros de poemas: Puerto Calcinado (2003), La Ruina que Nombro (2005) y En las praderas del fin del mundo (2019). Ha publicado los libros en prosa: Una fotógrafa al desnudo: biografía de Tina Modotti (2005) y Blanca Varela o la escritura de la soledad (2004). Ha obtenido los reconocimientos: Premio Nacional de Poesía de la Universidad Externado de Colombia (2003), Premio Internacional de Poesía Puentes de Struga (2005) y Città de Castrovillari Prize (2010). Es traductora al Español de los poetas Jericho Brown y Tracy K. Smith y Kahlil Gibra. Es profesora de poesía la maestría bilingüe en escritura creativa de la Universidad de Texas en El Paso.

PRÓLOGO

Toda la escritura de Andrea Cote está concebida desde un principio topográfico de la *saudade*. Sus composiciones devienen de, como ella misma lo señala: «la lentitud».

El arte de Andrea es, parafraseando a Saúl Yurkievich: «meter la mano en las vísceras, penetrar hacia la entraña deseada y deseante, descender para habitar el cuerpo». Esta escritura contradice la imagen tradicional de la vanguardia contemporánea yuxtaponiendo sobre ella una expresión intimista. He ahí uno de sus tantos logros y diferencias.

La poesía Coteana genera una ruptura e impugna por una visión del mundo basada en la reflexión axiológica; exhorta por una expresión-monólogo; propugna hacia el testimonio visceral y se arriesga apostándolo todo por el descubrimiento y el cultivo de una sensibilidad ubicada en la añoranza humana.

Al igual que en Vallejo o Pizarnik, para Andrea Cote «Escribir será siempre derrumbarse».

Ampliamos la colección Obra abierta con *La raíz*, una muestra antológica de una de las poetisas más originales de la poesía colombiana actual.

Entrar en la colección Obra abierta, significa sumergirse en las hondas señales de los más intrigantes poetas de Colombia y el mundo. Es dar con un reflejo siniestro que instituye el umbral de la otra realidad. Continuamos pues la dislocación sublime, a través de *La raíz*.

ZEUXIS VARGAS

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

I
PUERTO CALCINADO

El sol se ha abogado.

CHARLES BAUDELAIRE

LA MERIENDA

También acuérdate, María,
de las cuatro de la tarde
en nuestro puerto calcinado.
Nuestro puerto
que era más bien una hoguera encallada
o un yermo
o un relámpago.
Acuérdate del suelo encendido,
de nosotras rascando el lomo de la tierra
como para desenterrar el verde prado.
El solar en donde repartían la merienda,
nuestro plato rebosante de cebollas
que para nosotras salaba mi madre,
que para nosotras pescaba mi padre.

Pero a pesar de todo
—tú lo sabes—
habríamos querido convidar a Dios
para que presidiera nuestra mesa,
a Dios pero sin verbo,
sin prodigio,
y sólo para que tú supieras,
María,
que Dios está en todas partes
y también en tu plato de cebollas
aunque te haga llorar.
Pero sobre todo
acuérdate de mí y de la herida,

de antes de que pastaran de mis manos
en el trival de las cebollas
para hacer de nuestro pan
el hambre de todos nuestros días
y para que ahora, que tú ya no te acuerdas
y que la mala semilla alimenta el trival de lo desaparecido,
yo te descubra, María,
que no es tu culpa
ni es culpa de tu olvido,
que es éste el tiempo y éste su quehacer.

CASA DE PIEDRA

Era corriente
y deslucido
y mohíno
el ademán
con que dábamos la espalda a la casa de piedra de mi padre
para ondear faldas floreadas
y de luz
en nuestro puerto desecado.

Por primera vez
y sin nodriza,
bordeábamos la arcada de la tarde,
todo para no ver
las manos de piedra de mi padre
oscureciéndolo todo,
apresándolo todo,
sus palabras de piedra
y cascarrina
lloviendo en el jardín de la sequía.

Y nosotras en fuga hacia calles blanqueadas
y farándula de mediodía
y ellos repitiendo
en la puerta de piedra:
catorce años,
falda corta,
zapatos rojos sin usar.

Éramos en avidez musical
y de fasto
y malabares,
ante la lustrosa acera,
antes de quedarnos paradas
y sin voz
para ver la desolada estampa,
la ruina.
Pues el silencio,
que no el bullicio de los días,
atraviesa.
El silencio,
que son treinta y dos ataúdes
vacíos y blancos.

PUERTO QUEBRADO

Si supieras
que afuera de la casa,
atado a la orilla del puerto quebrado,
hay un río quemante
como las aceras.
Que cuando toca la tierra
es como un desierto al derrumbarse
y trae hierba encendida
para que ascienda por las paredes,
aunque te des a creer
que el muro perturbado por las enredaderas
es milagro de la humedad
y no de la ceniza del agua.

Si supieras
que el río no es de agua
y no trae barcos
ni maderos,
sólo pequeñas algas
crecidas en el pecho
de hombres dormidos.
Si supieras que ese río corre
y que es como nosotros
o como todo lo que tarde o temprano
tiene que hundirse en la tierra.
Tú no sabes,
pero yo alguna vez lo he visto:
hace parte de las cosas
que cuando se están yendo
parece que se quedan.

MIEDO

Recógeme el sonido de la lluvia en el tejado del abuelo,
cuéntame de las noches en que descubrí la sed por los acantilados
y de cómo desprendiste el fuego de la luz
para permitirnos el encuentro con nuestros primeros demonios.
Recuerda nuestra estancia eterna en los rincones de la casa
cuando aún llovían tardes grises en la arena
y la lluvia mohosa venía con abril
y todavía no tenía miedo.

SIEMBRA TRISTE

No salgas al campo vacío
todo sembrado por debajo
del dolor todo.
No bebas el agua de los ríos
bajo los cuales duermen
ciudades extraviadas.
No mires de frente a los árboles
porque ellos están humillados,
y ocultan sus rojas raíces en los hoyos del aire.
No salgas al campo
y las piedras no hablarán de su sed
y la selva no será odio
y la aurora no dirá horror.
No salgas y no habrá otro espanto
que el de éste
redondo fondo sembrado de lo muerto
donde aún,
ahíto
y diezmado,
te amenaza el amor.

LABERINTOS

Sé que caminamos por vías paralelas
hacia el centro de algo.
Pero mientras anochece en ti y en mí
ya no hay retorno.
No ignoras que para Ariadna
el hilo era una forma de llegar adentro.

LLANTO

María,
hablo de las montañas en que la vida crece lenta
aquellas que no existen en mi puerto de luz,
donde todo es desierto y ceniza
y es tu sonrisa gesto deslucido.

Allí es enero el mes de los muertos insepultos
y la tierra es el primer cadáver.

María,
¿no recuerdas?,
¿no ves nada?
Allí nuestras voces están desecas
como nuestra piel
y se nos queman los talones
por no querer saber
de las casas incendiadas.

Hablo, María,
de esta tierra que es la sed que vivo
y el lecho en que la vida está enterrada.

Piensa, niña,
en que esto no es vivir
y la vida es cualquier otra cosa que existe
húmeda en los puertos donde el agua sí florece,
y no es hoguera cada piedra.

Acuérdate, María,
que somos

pasto de perros y de aves,
hombres calcinados,
cortezas vacías
de lo que éramos antes.
¿De qué estás hecha?, niña mía,
¿por qué crees que puedes coserle la grieta al paisaje
con el hilo de tu voz,
cuando esta tierra es una herida que sangra
en ti y en mí
y en todas las cosas
hechas de ceniza?
En nuestra tierra,
los cuervos lo miran a uno con tus ojos
y las flores se marchitan
por odio hacia nosotros
y la tierra abre agujeros
para obligarnos a morir.

II
LA RUINA QUE NOMBRO

*Al invierno, la antigüedad de sus plantas,
Su cetro de rocío en la espesura; respetad
Los rostros eternos de los árboles y el viento
En su dominio, cuando cesa todo en torno
Y él se inclina...*

JORGE EDUARDO EIELSON

DESIERTO

La tierra que jamás quiso tocar el agua
es el desierto que al norte está creciendo
como un estrago de luz.
Pero los hombres que han visto el despoblado,
su amplitud sin sobresaltos,
saben que no es cierto que la tierra esté reseca por capricho
o sin ninguna bondad,
es nada más su manera de mostrar
lo que transcurre en claridad
y sin nosotros.

DE AUSENCIA

Es para el dios de lo deshabitado
que se alzan templos invisibles
en la borrasca del desierto.

Es para él que los árboles enanos inclinan en la arena
sus ramas
humildes,
fervorosas.

Es para que no te aferres
que existe un dios de la ausencia,
señor del desierto
y de las cosas que,
como la sombra,
existen por la fuerza de la luz que las rechaza.

PAISAJE

Nuestra tierra es desigual:
abre surcos,
avanza,
se interrumpe.
Sabe romperse.
Nuestra tierra
tiene brevísimos puntos
en que la luz
se colma
o se deshace
y una grieta
brillante
donde tiembla
una mujer
que también será desierto
un día,
desierto,
señor de los marchantes.
Verás,
no digo que el paisaje
sea esto,
pero en la tierra desprovista todo cruje
e incluso la existencia discreta de la rama
ambiciona un ruido,
un sonido,
un traqueteo vegetal.

En nuestra tierra
los bosques agitados

mecen mareas ancestrales
y las cascadas rugen
con un palpito de fuego.
Son lecciones del viento
que lo ha tocado todo.
Cada paisaje es un presagio.

LA RUINA QUE NOMBRO

Quiero saber qué es la piedra
que tanto me conmueve.
Qué es en verdad
la ruina que nombro.
También escribir es derrumbarse.

PADRE ENTRANDO AL PAISAJE

Quién pudiera irse así
con una ráfaga,
sin palpito,
sin madrugada,
en la cola del estruendo.
Y no dejar cuerpo sino llama
y un sonido cóncavo,
y sin fondo,
un portazo
y un aullido dando tumbos
hasta pulverizarse.
Muy cerca cruzan los insectos
y un papel rendido en la explanada
allá en lo yermo,
donde nos dicen que has muerto,
es otra esquirla de plata
espejeando la herida de la tierra.
No nos permiten pasar hasta ese plano
ni quedarnos a dormir
sobre la espalda de la hierba seca.
A esa temprana lejanía nos condenan.
Me pregunto si habrás echado en falta
el sostenido resplandor
que vela los ojos de los moribundos
y si realmente me dirías que prescindía
de este fondo sin fondo de las cosas
que llaman

el dolor.
“Hay que salir”,
sentencian,
no entienden que en estas circunstancias
podrías no saber
que no fuimos los primeros en partir.
Por suerte viene una tormenta,
te lloramos con la furia
y la osadía de los truenos.

No hace mella
el ocio de tus cosas
o el color nuevo de la casa
empujando ya
tu olor.
Menos nosotras,
aprendiendo a pensarte entre las cosas que no son
y olvidando con esfuerzo las otras
que sin ti
ahora
ya no tienen nombre.
Violando el secreto de las habitaciones
queríamos saber de tu equipaje
hallar
acaso
la llave de la inesperada cerradura
la nota oculta entre las tablas
—tu secreto—
cuando menos tus mentiras.
Pero no hubo nada,
tan sólo esta hojarasca sin sentido
en la que en todo caso andan
los motivos de un hombre.

Qué pequeñas son las hojas
y breve el árbol que las mece en la espesura
y el bosque
que todo lo contiene
también
qué breve.
Qué escasa
además
la que llaman
madrugada,
y en especial
qué breve esta estancia.

Veloz por la escampada cruza
un ramo de papeles que arrojó tu vuelo,
son tus cartas liberadas
como hierba
tan sólo levemente
herida por el fuego.
Qué natural va tu misiva en la hojarasca
y ligeras
también se van tus manos,
tus palabras,
tan recias
y tan nuestras
ahora
nunca más,
ya son del viento.

NADIE ENCENDÍA

Así es la casa cuando uno entiende
que el tintinear incesante,
el sonido sordo de la bombilla eléctrica,
es todo eso que la luz tiene de mejor.
Es la luz que suena
si se topa ruin con los ojos abiertos,
heridos de claridad,
también cuando los rayos del mediodía
rendido en la hierba de este lugar sin nombre
en el que en todo caso yo habría de caminar sin ti,
anuncian:
que apenas haya noche
encenderé las luces,
lento y ruidoso,
como el que enciende luz
por no decir de la lluvia
que alimenta las ganas de estar dormidos
y caer derruidos,
pardos,
donde no nos toque esta luz eléctrica
que se riega de noche por las colinas
e inventa el tiempo y la voluntad.
Porque estas gentes esperan lo oscuro
y encienden las luces con simetría
juegan a eso
las apagan con desarreglo.
Es una ciudad enorme y siempre hay alguien
que no puede dormir.

PADRE A LA HORA DE LA SIESTA

Su sueño era un león,
y andábamos en puntas para no perturbarlo.
A mediodía
dábamos vueltas a su alrededor,
como custodios de una prisión.
Con un poco de piedad y malicia,
veíamos su sueño estremecer
en su paso atormentado por el irreverente pavor.
Dando la vuelta a su cárcel,
su soledad
—sinceramente ajena—
a veces se quebraba
y él se subía coloso en la roca altiva de la ira
y una vez más,
todos desterrados.

LECCIÓN ÚNICA SOBRE COSAS VIEJAS

Ya dije:
no sé quién inventa el olor de la casa,
no sé.
Más aún si lo que te gusta es
la vista ruinosa de los tejados
y la pared deslucida,
el muro demolido
y su puerta
que ya no tiene afuera.
Más aún,
si ya no recuerdas
que no es el olor,
sino la bondad de las cosas
al exhibir su derrota.

INTOLERANCIAS

No es lo mismo decir que yo perdono
la larga espera,
la quietud,
la pesadumbre,
la tristeza de roble de los cuartos
y de las cosas por ahí pesando.
No es lo mismo decir
que yo perdono
eso
o que no veo
importancia
o desmesura
en la feliz inconsciencia de los árboles
y la veo,
a cambio,
en decir
que el mundo así
rendido o arrasado
a veces era una voz torpe,
insoslayable
que cree que las piedras son inmóviles
y que su quietud
de tiempo y pesadumbre
y que tus propios ojos
de tiempo y pesadumbre
son lo que hay,
no son más.
Pues yo perdono,

porque es bella
la inconsciente belleza de las cosas
como lo es la brisa
ingobernable
pero también
como triste
imperdonable,
y gris
es la estampa
de los hombres sin fe
y la quietud sorda
de los seres
y las cosas intactas.

LAS HUESTES

Salgo al gran viaje cada cierto número de años.
Me voy llevándome un nombre
y una parte en él se humilla,
irremediable.

Me voy en huestes
y en oscuros rebaños,
y lo hago para poder hablar de ti,
y lo hago para no hablarte.

Salgo al gran viaje.
Me muevo en tu joven raíz,
me muevo en tu amada marcha.

Viajo para poner un poco de la ruta en mí,
un poco de la ruta en ti.
Salgo en esta ceremonia
y lo hago para creer en ti,
y lo hago para que vuelvas a creer en algo.
Me muevo porque existe una cosa incomunicable
y porque he visto cuánto amas las cosas que regresan.

TODO EN RUINAS

Mirar la ruina
y en ella
todas las cosas
de una sola vez.
Ver las esquinas,
los remiendos
las cosas rotas
y aferradas
o los vestidos arados del amor.
El polvo
que es el tiempo que tocó los cuerpos
levemente
y los desmoronó.
Hay siempre en todo
una cosa entera
y ferozmente cierta,
como cierta es la ruina,
y es voraz
y es bella.

III
EN LAS PRADERAS DEL FIN DEL MUNDO

Cada ciudad recibe su forma del desierto al que se opone.

ITALO CALVINO

DESIERTO RUMOR

Padre, madre, ya tengo el peso de un hombre.
Aquí es el puerto del primer día,
no escojan alimento para mí,
no vigilen mis pasos,
ya he desembarcado en mí,
soy solo.

Denme una hoja de eucalipto para el viaje,
un impreciso pronóstico del tiempo
la brújula quebrada que sólo marca norte,
un mendrugo de pan.

Desmantelen la habitación en que crecí,
abran fuego en la noche con mis mantas,
otórguenme el don del despojo.
De ser posible,
un momentáneo olvido.

Dispuesto estoy para partir.
No ostento
otro peso que el nombre.

TRAVESÍA

Un vahído de barranco
se extiende alrededor de nuestros pasos.
Bien sabes,
el cuerpo es un navío de sonidos
que en noches como ésta intercambio con los otros.

Verás,
todo lo que de un lado a otro viaja es mío,
y de todo lo que cae y se levanta llevo algo.

Yo soy el que persiste en lo que parte,
y lo que digo se repite por todos
los vastos dominios de lo desterrado.

Los que baten cuencos de silencio en la espesura
son mis hermanos
y a su lado,
mezclando sus cuerpos con el mío,
me desato.

Voy perdiendo otros nombres que tuve.
Así es cómo burlamos los llamados del barranco.

TORMENTA

Ni la estepa, ni el baldío,
ni el alud de viento que se agranda en la espesura
son labor del despojo.

Hay vacío aquí
pero nada de esto
lo ha perdido el hombre.

En sus pardas lejanías
el desierto es manso.

Y ahora, como antes, mis paisajes,
poderosos tumultos de lo derribado,
son la garra de lo vivo.

La farragosa neblina
alcanza mi ventana,
el desierto se revuelve sobre sí
enorme y pedregoso,
pero mínimo.

El avizor rugido de tormenta
es calma,
pues todo el mundo sabe
que hay pavor en el silencio.

Por la mañana cosechamos luz,
accidentales beduinos en las noches

contra el frío vertemos
cántaros de resplandor petrificado.

Y no tenemos más preguntas
para la esperanza
que la que eleva el desierto
cuando recrudece
en el árbol solitario.

COSECHA

Afuera,
hijo,
no dejes palas, cubetas o crayones.
El botón desprendido de la blusa,
papeles, mucho menos.

En el desierto
los objetos sobre la hondonada
hieden a yerba seca de rituales.
Son terribles presagios.

Las botellas vacías,
no las muevas,
déjalas torcerse,
partirse entre sus vetas de sal,
reventarse por dentro,
como por la sed.

Las valijas, en cambio,
ni las mires
son para los caminantes
de los que no se habla.
Confórmate con
escarbar la grama,
amasar la piedra,
triturar chamizo hasta
exprimirle su promesa:
el fruto reseco del desierto.

EN LAS PRADERAS DEL FIN DEL MUNDO

Los que hablan de cosechas,
como de lánguidas apariciones,
entre torres de polvo y bruma
distinguen maizales de fuego.

Entre saguaros erguidos,
que al azul saludan como hermanos,
extienden su feroz quejido
que pide al desierto que no los vea.

Las recámaras de cielo desecado,
templado por ceniza y cal,
invocan el amparo del árbol
cuya savia es una roca dura.

En las praderas del fin del mundo,
de las láminas ajadas de los cuerpos,
se desclavan, una a una, las partículas de polvo
que engulle el viejo sol, único dios íntegro.

LECHO

Dímelo a mí,
que vengo del fondo de ese río
cuyo caudal
es un cúmulo de piedras.

VISIÓN

Casi todo era escombros,
árboles enanos,
piedra que nació quebrada
como si este fuera
el predio en que arrojaron
la pedriza que sobró después de hacer el mundo.

Esqueletos de barcos y ballenas
soplando en el costado de todo lo que vive.

De este lado, madre,
no envió misivas que incluyan mi apellido,
—no lo preciso—
me he hecho uno con él,
y los que tienen temor de pronunciarlo me llaman “aquel”,
uno cuyo nombre es su rostro.

EN SU DESTIERRO

Sobre el barranco
un breve crujir de cedro
se incorpora al aire.

El polvo se desprende de los marcos,
las terrazas y la acera se retuercen.
Los perros se estiran en la piedra
y los sacos de maíz van estallando por dentro,
y el campo y sus ramajes
van estallando por dentro.

Una neblina unánime,
del color de los huesos,
lo va cubriendo todo.

No cabe duda de que está llegando,
poderoso y soberano,
el calor, la piedra clamorosa de su sed,
impregnando la tierra de vagidos.
El calor, la habitación repleta de sonidos
que es el mundo cuando asido por el cuello
se despierta para oír el tránsito del cuerpo por la sangre.
Siente la sed que va sembrando el viento,
el aire que engorda por el agua,
cuya savia transparente
siembra hoyos en el vientre de la grama.

Escucha la semilla de los muertos
crepitando, el baldío, la pétrea rama,

ANDREA COTE

la brisa inflamada por el vaho.
No interrumpas la antigua ceremonia,
la labor del aire sofocando el aire.

MALA HIERBA

Por meses la arrancamos.
Parcelamos la zona.
Tomamos turnos.

Después de asaltar cada resquicio de la grama
bastaba un breve rocío de rumor nocturno
—no agua— nada más su olor.

Entre una devastación y otra
apenas nos sobraba tiempo
para reparar la propia sed.

Nosotras que salimos a los patios
para honrar el ciclo de los cuerpos
y aún en medio del baldío proferir

del antiguo ritual de las cosechas
lecciones milenarias a los hijos que tendremos,
que en nuestro cuerpo han de pastar.

Todo mientras ella prevalece y cruje
gorda cuan más alta
en la extensión de lo que falta.
Y nosotras, en cambio, contemplando la vendimia de
nuestros hijos únicos,
esos que al vacío miran saboreando
el rasgado privilegio de su soledad,

ANDREA COTE

malheridos por la ocasión de serlo todo,
pisoteando los jardines de las que por el mundo van
con la raíz expuesta.

Para Rosa A.

NOTICIAS DEL ABISMO

Madre, padre,
al cruzar la espesura de vacío
queda una cumbre,
hasta allí he subido
para traerles noticias del abismo.

Abran el pórtico,
díganle a ella que en la verja me reciba,
y trozo a trozo me desprenda de las botas
el rastro de cantera,
el polvo de animales muertos
que sin querer he arrastrado hasta su casa.

Traigo noticias del abismo
acéptenme el don de lejanía,
la malherida pureza de esta ofrenda,
el racimo en que perviven
las negras raíces
de todos los árboles
que faltan en el mundo.

IV
CHINATOWN A TODA HORA

*He venido para ver la turbia sangre,
la sangre que lleva las maquinas a las cataratas
y el espíritu a la lengua de la cobra.*

FEDERICO GARCÍA LORCA

TODAS LAS COSAS

*Asia is rising against me.
I haven't got a chinaman's chance.*

ALLEN GINSBERG, *América*

Al corazón escabroso,

la China
despacha:
300 cajones de arroz blanco,
millones de peces tiernos,
monstruosas
/anguilas
jugosas,
largas/
botellitas verdes
la mesera
/china,
espigada/
su bandejita plástica,
TODO roto.
Es ella,
claro,
llevar la bandeja,
estar rendida
y hacerse
así,

recostada
la mujer más
tremendamente real.
Mientras,
se ve,
-se avisa-
al otro lado de ese sueño esbelto,
eso de que
TODO
pero
TODO:
la vajilla doméstica,
la bombilla de luz,
la camisa de fiesta,
la vela del santo,
el santo
y todo
en verdad
nos viene de china.
Del país en el medio
la marca que incide
la huella que insiste,
/aclara/,
no nos queda ya
ninguna otra palabra para hablar de las cosas.
No nos queda, sino
sólo esta
voraz, letal
obsesión por la repetición
y el pensamiento serial
en Chinatown
donde vimos serpentina
y la forma funicular
definitiva y finisecular,
de la fabulosa celebración del objeto,

de aprender
a decir palabras
con las cosas.
Y en tanto,
sí,
atolondrados,
como estamos,
por la llegada de la cosa,
-a secas-
a toda hora
y en demasía
la China
despacha.

CENTER

A las cuatro y cuarto
entre los viajeros de Chinatown
le digo:
yo sobreviví al terremoto y al agua.
Soy 1989 partiéndose en dos
y lo que usted piensa ahora mismo,
también lo soy.
Soy una muchacha suave
-soy china-
como esa que usted cree
se vería mejor callada
y despeinada
en otra parte
y no aquí,
que se vería muy bien desnuda
y estirada
en un cuadro de Modigliani.
Soy ella,
sí,
y por supuesto,
señor,
yo soy Modigliani.
Soy la punta de la estrella,
la cosa de papel que cae desde el aire en los aniversarios,
el autor de la teoría
de que el espíritu
es el hueso que no se puede roer.

Soy las ganas de romperse y de decir algo.
No puedo pagar la entrada al cine,
pero salgo en todas las películas
y por eso estoy sucio
y cansado
y más triste que dios.

A esta hora soy el cartón
y la masa,
la esterilla de papel
y la esquina morada
y lo que dejaste en la estación.

Soy el pie en el estribo
y la última cosa que pensó Paul
y soy capaz de decir cualquier cosa porque estoy sucio
y no puedo pagarme la entrada al cine.

Soy el autor de la teoría del espíritu,
soy un lado del espíritu,
soy la muchacha ideal.
En verdad,
señor,
yo soy Chinatown,
a toda hora
y en demasía,
tengo una calle en cada esquina del mundo
y soy,
naturalmente,
lo único que nos queda.

CONTENIDO

Prólogo	11
PUERTO CALCINADO	13
La merienda	17
Casa de piedra	19
Puerto quebrado	21
Miedo	22
Siembra triste	23
Laberintos	24
Llanto	25
LA RUINA QUE NOMBRO	27
Desierto	31
De ausencia	32
Paisaje	33
La ruina que nombro	35
Padre entrando al paisaje	36
Nadie encendía	39
Padre a la hora de la siesta	40
Lección única sobre cosas viejas	41

Intolerancias	42
Las huestes	44
Todo en ruinas	45
EN LAS PRADERAS DEL FIN DEL MUNDO	47
Desierto rumor	51
Travesía	52
Tormenta	53
Cosecha	55
En las praderas del fin del mundo	56
Lecho	57
Visión	58
En su destierro	59
Mala hierba	61
Noticias del abismo	63
CHINATOWN A TODA HORA	65
Todas las cosas	69
Center	72

NOTAS

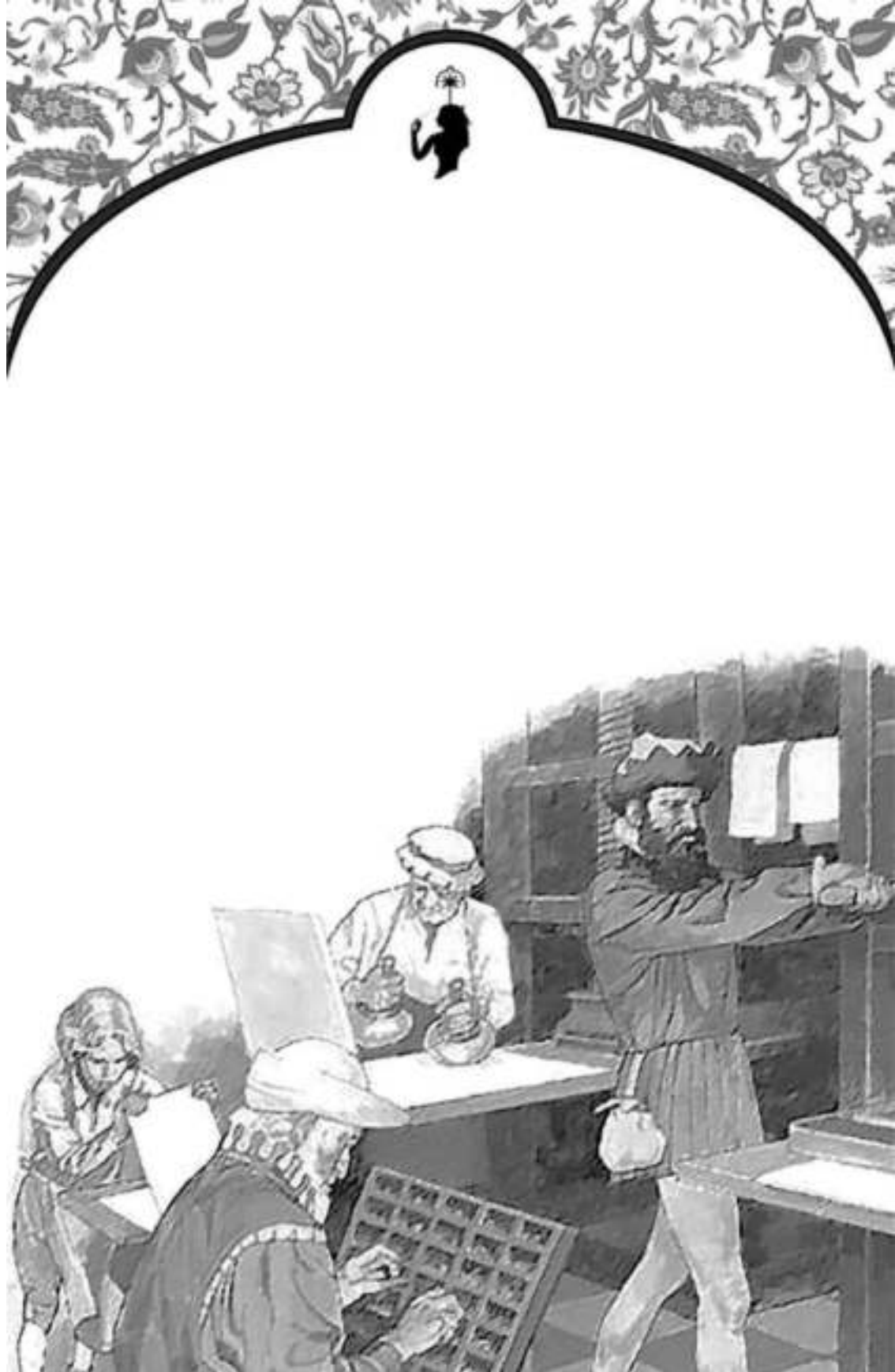
NOTAS

NOTAS



Esta obra se terminó de editar
en el mes de mayo de 2020
edición digital
Tipografía: Garamond 12 puntos
EDITORIAL SESHAT
Cra 95 # 71a -34
Tels: 3104821715
Bogotá D.C. - Colombia







OBRA {ABIERTA



SESHAT
Editorial